

Raúl Martínez, un maestro siempre joven

Carlos Espinosa

Pintor, diseñador, escenógrafo, profesor y escritor hasta hoy inédito, Raúl Martínez (Ciego de Ávila, 1-XI-1927, La Habana, 2-IV-1995) es una referencia de obligada mención en cualquier panorama de la cultura cubana contemporánea, a algunos de cuyos procesos germinales estuvo vinculado desde los inicios. Figura emblemática de nuestra plástica en las décadas de los 60 y los 70, es quizá, como sostiene Iván de la Nuez, “el eje más consumado de hasta dónde era posible (e imposible) esa negociación entre el artista, su individualidad, las instituciones y la política oficial”.

Los antecedentes de este artista de personalidad integral se remontan a los años 40, de cuando datan sus primeros cuadros, que, como era entonces casi inevitable para un principiante, fueron paisajes y naturalezas muertas. El traslado a La Habana de su familia, en 1941, le permite ingresar al año siguiente en la Escuela Elemental de Artes Plásticas, y más tarde, en la Escuela Nacional de Bellas Artes de San Alejandro, estudios que, sin embargo, tuvo que abandonar por problemas económicos. Trabaja como telefonista nocturno, como mensajero y en un taller de anuncios lumínicos, pero no deja de pintar. En 1947 expone por primera vez en el XXIX Salón del Círculo de Bellas Artes, para el cual fue seleccionado *Quinta de los Molinos*, un paisaje a la acuarela que luego logró vender en cincuenta pesos. En 1948 tiene su primera muestra personal en Matanzas, a la cual sigue, en 1950, otra en el Lyceum, en La Habana, esta última con obras de su período de expresionismo abstracto. Esas búsquedas lo llevarán a vincularse y convertirse en un miembro destacado de Los Once, un grupo que reaccionó contra el localismo del arte figurativo cubano y defendió un arte más abierto a las corrientes pictóricas modernas. Fiel a esos principios, Raúl Martínez pinta óleos y tintas en los que, en palabras suyas, sólo aspiraba a “la expresión de la emoción estética por los medios plásticos: forma y color”. Un hecho significativo en estos años es la beca que obtiene en 1952 para estudiar en el Institute of Design, de Chicago, fundado por Moholy Nagy. Como él mismo ha comentado, allí le interesaron, en especial, los cursos de diseño gráfico y fotografía, dos manifestaciones que en la década siguiente incorporará a su quehacer.

Los cambios políticos y sociales que ocurren en el país a partir de 1959 influyeron en el lenguaje y las temáticas de nuestras artes plásticas, algo que tiene en Raúl Martínez su ejemplo más evidente y representativo. El expresionismo abstracto aún dominó en sus obras correspondientes a los primeros años 60. De ello son ejemplos piezas como *Sierra Maestra*, *Varsovia 1939*, *Isla blanca*, el cartel para *El robo del cochino* y el mural hecho con cemento y lozas para el exterior de las oficinas del Teatro Nacional. En esas composiciones, no obstante, el gris, el blanco y el negro, hasta entonces dominantes, fueron desplazados por colores nuevos como el naranja, el verde y el rojo. Y aunque no puede hablarse de ruptura ni de alteraciones sustanciales de su estética, es visible, como bien ha señalado Alejandro G. Alonso, que la atmósfera de cambios incide en el ánimo del ser humano: “el individuo es el resonador del clima que lo rodea, y como demuestra su participación en la muestra *Expresionismo abstracto* (1963), datos específicos atraviesan el valladar antes colocado para proteger la sensibilidad”. El verdadero punto de inflexión en esta década lo constituye *Homenaje* (1964), exposición en la que Martínez dio cauce a su insatisfacción con la labor que venía realizando y a la necesidad de hallar nuevos horizontes creativos.

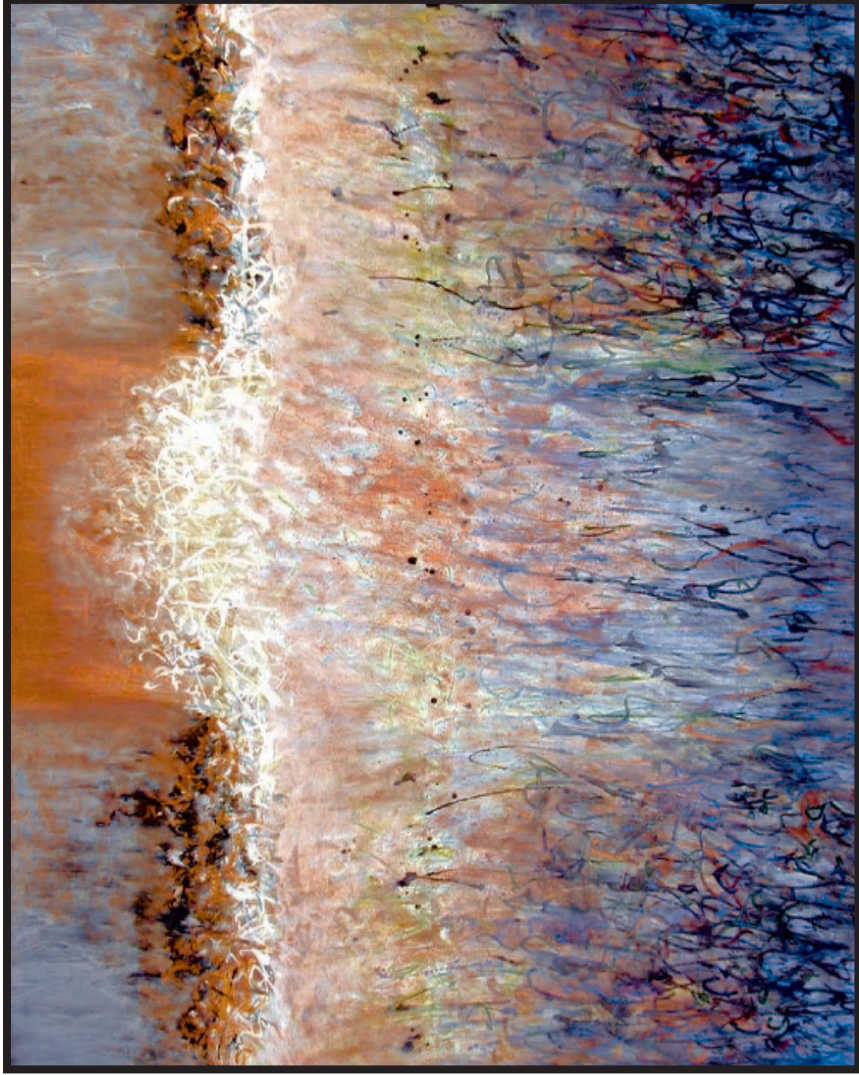
Parte allí de una visión ingenua y fresca del arte, como son los murales, las pancartas y los letreros callejeros, y establece un diálogo vivo y enriquecedor con esas versiones populares del acontecer histórico. Aplica las técnicas del *collage*, inserta fotos, letras, banderas, consignas, hace asociaciones expresivas, y de ese modo carga sus lienzos de cotidianeidad y contenidos políticos.

En ese propósito de asomarse a la calle y recoger toda una serie de elementos cotidianos que devinieron símbolos, Martínez halló un eficaz complemento en el acercamiento a lo que vemos diariamente sin ánimo de “embellecerlo” que propone el *pop-art*. Hacia 1966 inicia su conocida serie de interpretaciones plásticas de la imagen de José Martí, en la que la repetición rítmica y el inteligente empleo del color logran sugerentes matices y niveles de lecturas más profundos. A la serie de Martí siguieron luego otras similares con héroes y líderes políticos contemporáneos, que han disfrutado de una amplia difusión, en detrimento del resto de una obra que es muy abundante y más variada. A esa iconografía se incorporaron después las gentes anónimas, cuyas figuras corpóreas se hicieron más realistas, al tiempo que las dimensiones de los cuadros aumentaron hasta alcanzar, como en *Islas 70* y *La gran familia*, la monumentalidad. En las obras correspondientes a este período, Raúl Martínez consiguió una asimilación tropical y creativa del *pop-art*, al adicionarle elementos nuevos e incorporarlo con gran naturalidad a nuestra realidad.

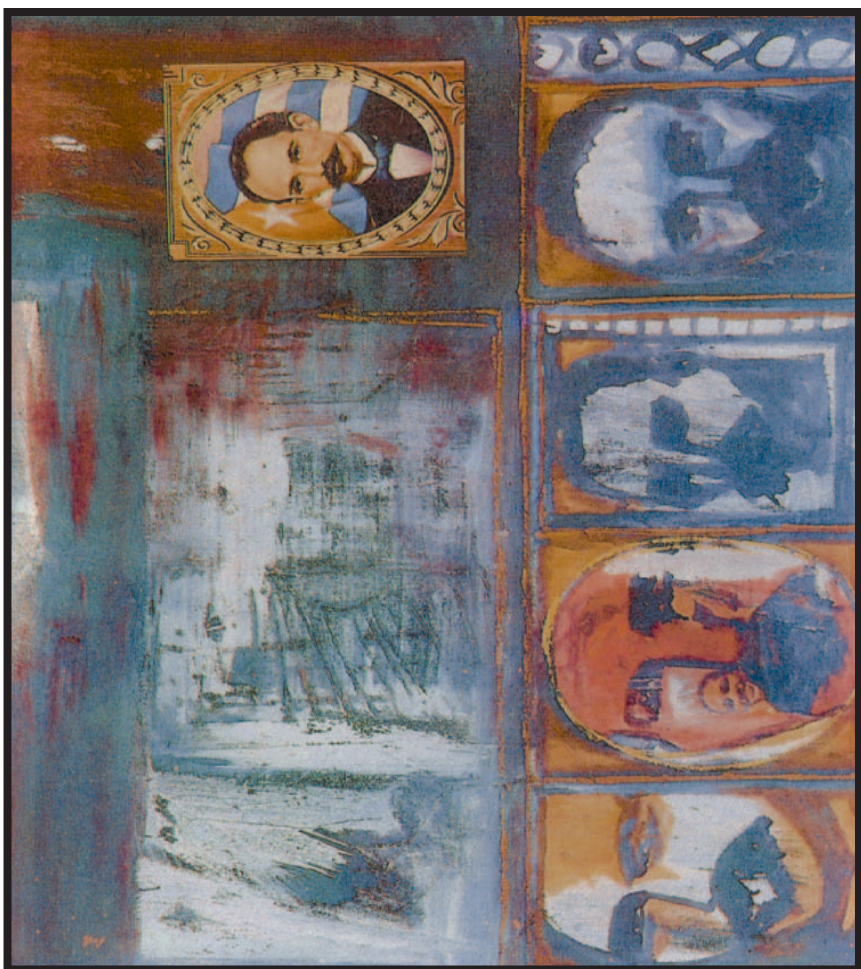
Su espíritu de búsqueda y apertura lo llevó a emprender, en los 80 y los 90, exploraciones basadas en la retroalimentación de su obra anterior. Quince años después de *¿Foto-mentira!*, que realizó junto con Luc Chessec y Mario García Joya, volvió a la fotografía con *Los murales* (1981). En 1986 recogió treinta temperas en cartulina en *Pinta mi amigo el pintor*, donde una vez más se acercó a Martí, cuyo rostro, hecho ahora con un trazo mucho más limpio, entraba en alianza con símbolos de inconfundible cubanía y con textos pertenecientes a sus *Versos sencillos*. Retomó también el *collage* en *De la conquista* (1986), serie de treinta y un cuadros que presentó, como invitado de honor, en la II Bial de La Habana. Y por último, con *Pintura abstracta* (1994) retornó a sus orígenes, como si quisiese concluir la investigación iniciada por él décadas atrás.

Al igual que ocurre con Umberto Peña, contemporáneo y amigo suyo, en el balance del quehacer artístico de Raúl Martínez hay que incluir además su importante y prolongada actividad como diseñador, una faceta que, en su caso particular, constituyó el eje en torno al cual se vertebró su labor plástica. Desde los tempranos 60 se inicia en el diseño gráfico, cuando asume la dirección artística de *Lunes de Revolución*, Ediciones R y la revista *Casa de las Américas*. Sus cubiertas de ese período se caracterizan por su sencillez y su economía de recursos, pese a lo cual poseen una gran eficacia visual. Recurre muchas veces a los juegos tipográficos, una solución que años después volvería a emplear. El colorido vibrante y el figurativismo que dominaron en sus cuadros de la etapa *pop*, irrumpen también en sus cubiertas. Como ejemplos, ahí están varios números de las revistas *Unión* y *Cuba* y los carteles que creó para el filme *Lucía* y la exposición *Cuba en Grenoble*. Asimismo concibió para las colecciones Cocuyo y Dragón un atractivo y novedoso diseño, que se basaba en la combinación de texto, ilustraciones y espacios geométricos (cuadrados para la primera, círculos para la segunda). Martínez utilizó esos dos conceptos en los libros que preparó para Letras Cubanas, en los que mantuvo igual nivel de creatividad y profesionalismo.

En 1988, a propósito de *Nosotros*, la exposición antológica que le dedicó el Museo Nacional, Raúl Martínez declaró que sentía algo de miedo por que los jóvenes lo vieran como un maestro que se acerca a la jubilación y a quien se le rinden homenajes. En realidad, el magisterio que ejerció entre los pintores de las nuevas promociones tuvo muy poco que ver con el de las figuras venerables y respetadas. Su preocupación por estar siempre en contacto con lo nuevo, lo llevó a acercarse a los pintores jóvenes y a establecer con ellos una inusual relación de colega, de igual a igual, que entre sus contemporáneos sólo se dio en artistas como Servando Cabrera Moreno y Antonia Eiriz. Eso contribuyó a mantenerle vivo como creador y a hacer de él un maestro siempre joven.



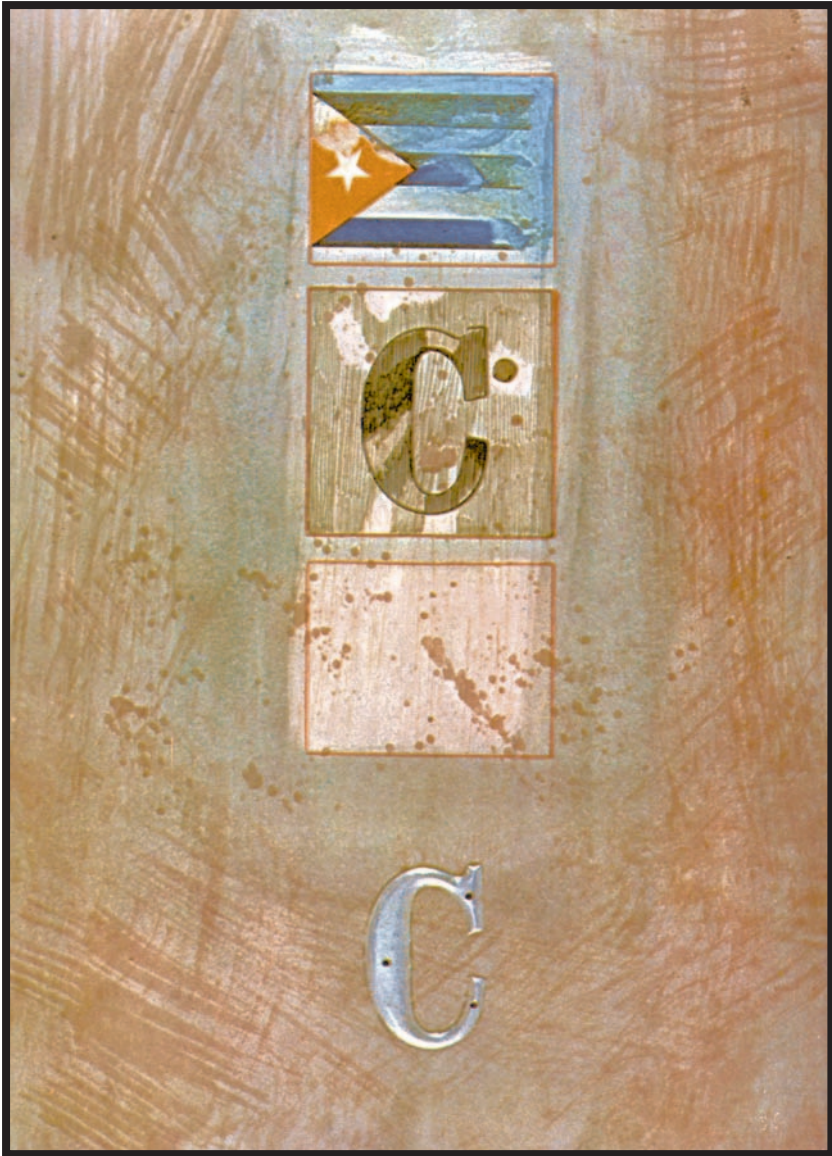
Crucifixión
Óleo sobre tela



Óleo sobre tela



De la serie **De la conquista**
Collage



Óleo sobre tela



Cartel



Óleo sobre tela



Nosotros ustedes
Óleo sobre tela



La gran familia

Óleo sobre tela